

analizando dentro de ella la representación de la forma externa de los objetos corpóreos, veremos como ha ido desenvolviéndose paulatinamente la perfección, desde lo que quería significar la piedra informe a la reproducción directa y natural, realista, de los cuerpos humanos y de los otros seres vivos: primero, la expresión estática, sublime, pero pasiva y, por fin, la expresión dinámica activa y, hasta como término, el retrato de lo que podríamos llamar la expresión moral.

La flor del genio en la Escultura brotó en Grecia y tuvo que ser allí, necesariamente, porque la Escultura sola refleja a maravilla la naturaleza de Grecia y su religión. La Grecia estaba, como sabemos, dividida en varios Estados y su teología en varias divinidades independientes. La estatuaria, forzosamente limitada en su expresión y su materia, era la lengua predestinada a expresar figuras aisladas y episodios limitados a algunas figuras. Después, tenía el privilegio exclusivo de la representación de la divinidad: el ídolo era una estatua, porque la estatua podía únicamente justificar esta creencia de los antiguos de que el dios invocado asistía corporalmente a la piedra. Además, la Escultura era una especie de resurrección en el mármol, la resurrección con que Grecia premiaba y glorificaba a sus grandes hombres y a sus héroes, hasta hacerlos resplandecientes con la idea de la inmortalidad descendida sobre una estatua, obra maestra cedi- da a la pública admiración. Y esta estatuaria, melodía visible de líneas suaves, muellemente desplegadas en gestos y contornos, pacífica majestad de la belleza física en su pura abstracción, en su pura esencia, bajo cuya desnudez brillante se hace la apoteosis del cuerpo humano, alcanza un extremo tal de perfección en el pueblo griego y en manos de Praxiteles y de Fidias, una tan suprema perfección, en lo que hay de anatómico y funcional, que médico alguno, contemporáneo nuestro, puede echar de menos detalle escultural mórfico en ninguna de aquellas clásicas estatuas que se deben a estos grandes escultores del período no anatómico del saber humano. ¡No hay más allá!... No cabe en figura plástica humana expresión más grande del sentimiento estético que aquella que trasladaron a sus obras los verdaderos geniales escultores griegos. ¡Después de aquello, aquello mismo y siempre aquello!... Y ahí están para proclamarlo, las estatuas de perfección ejemplar que se hallan diseminadas en los Museos del Louvre, en el Británico, en el del Vaticano y tantos otros. En tiempos posteriores al esplendor de Grecia, los romanos copian las obras griegas y las maneras de la estatuaria helena.

